

Prólogo y futuro de la cultura salvadoreña

Federico Hernández Aguilar

Todo país es único culturalmente hablando, y El Salvador, fascinante resultado de múltiples procesos, no es la excepción. Los trances vividos, políticos, sociales o económicos, han conformado culturalmente lo que hoy conocemos, sentimos y valoramos como nuestra nacionalidad.

El ir y venir de ideas, rupturas, decisiones individuales o colectivas, discursos officiosos y oficiales, tradiciones, creencias, costumbres..., conforman ese amasijo de sentimientos, ventajas y contradicciones que llamamos –no sin cierta ambigüedad– «ser» o «espíritu nacional», «salvadoreñidad», «identidad».

Pero lo que nos hace únicos no es solamente nuestro andar histórico, sino también las diversas formas en que hemos reaccionado ante esa historia. El Salvador no sería lo mismo sin los aciertos y errores que particularizaron nuestras opciones históricas. No seríamos lo que somos si en el recuento faltara una sola de nuestras guerras civiles o uno solo de los desastres naturales que hemos sufrido.

El perfil salvadoreño está dibujado, indistintamente, por figuras tan desiguales, e incluso antagónicas, como don Pedro de Alvarado (el duro conquistador) y el príncipe Atonal (símbolo de nuestra rebeldía indígena), Alfredo Espino (el poeta niño) y Roque Dalton (el poeta guerrillero), Monseñor Romero (el santo popular) y el general Martínez (el popular dictador), Anastasio Aquino (líder de una revuelta en plena era republicana) y Roberto d'Aubuisson (líder del anticomunismo contemporáneo), Francisco Gavidia (gran pilar de la literatura nacional) y Francisco Morazán (el «Napoleón Centroamericano»), Alberto Masferrer (la conciencia de su tiempo) y el «Mágico» González (genio y figura del fútbol latinoamericano).

A todos ellos debemos los salvadoreños luz o inquina, fuerza o debilidad, argumento o falacia: lo que tenemos de inocencia y lo que tenemos de escepticismo.

La institucionalidad cultural, desde luego, es resultado de las explicables contradicciones que han hecho de El Salvador el país que es. Lo importante ahora es entender, como nación, que los procesos anteriores son un prólogo de lo que deseamos y podemos ser.

A principios del siglo XX, las estructuras culturales –hijas del liberalismo cívico que había caracterizado a la centuria anterior– pasaron de la figuración académica a la endeble capacidad directiva del Estado. Fue a partir de la década de los cincuenta que la infraestructura cultural salvadoreña, obligada por su propia complejidad y dinamismo, empezó a solidificarse, desembocando en la creación, ya en los años sesenta, del Ministerio de Cultura y sus primeras dependencias.

La democratización de la acción cultural, teniendo como protagonista al ciudadano, dio pie a las más audaces propuestas, mucho antes de que en nuestro país comenzara a hablarse de corresponsabilidad o descentralización. Frutos de aquella época, hasta hoy continúan prestando sus servicios instituciones de obligada referencia, como el Centro Nacional de Artes, la Televisión Cultural Educativa y la red de Casas de la Cultura, actualmente conformada por 172 centros en todo el territorio.

El proceso, esperanzador y sistemático, se vio interrumpido por el conflicto armado. No llegaron a tiempo los intentos de abrir espacios a la expresión, incluyendo la creativa y artística. La guerra estalló, contando entre sus primeras víctimas al arte y la cultura nacionales.

Se ha pretendido decir, en muchas ocasiones, que culpar a la guerra de los atrasos que exhibe nuestra institucionalidad cultural es, por lo menos, un eufemismo. Es importante, sin embargo, atrevernos a esbozar por qué resulta peligroso asumir esta opinión como una verdad incontestable.

Teóricos de toda laya, antiguos y contemporáneos, han pretendido hacernos creer que las guerras no son intrínsecamente buenas o malas. Esto, que dentro del pragmatismo estatal conserva una aparente validez, para cierto intelectualismo criollo puede bien servir de exordio a ciertas conclusiones sobre la cultura que, lamentablemente, parecen más sintomáticas que reflexivas.

Las teorías belicistas, repito, han estado siempre a la orden de los pendencieros. Hegel, por ejemplo, escribió ideas pavorosas: «La salud ética de las naciones se mantiene con la guerra, con el natural conflicto entre los seres humanos, así como el movimiento de los vientos le impide al mar caer en la fetidez que produciría una calma constante».

Friederich Nietzsche, diabólico y genial, apeló a la «voluntad de poder» inherente al ser humano para renegar del pacifismo, al que llegó a considerar como un ejercicio de conciencia contranatural.

¡Y qué decir de los anarquistas! Mientras Kropotkin creía en la abolición del Estado a favor del colectivismo, Sergei Nechaev, aventajado discípulo de Bakunin, defendía el asesinato como medida efectiva para inclinar las cosas hacia un radicalismo necesario. (Muchos nacionalistas europeos —el irlandés Michael Collins, por mencionar uno— bebieron de estos cálices.)

Evitando «cómodas» contemplaciones humanistas, Georges Sorel hallaba en la violencia una forma digna de llevar a cabo la separación de clases, posición que ya Enrico Malatesta había empezado a desarrollar al proponer la eliminación física del «oponente burgués» como una especie de educación proletaria.

También hubo ejemplares resistencias de otro tipo, claro. Henry David Thoreau, anarquista individualista, no creía en la obediencia social, pero jamás se apresuró a hacer apologías de la violencia. Para él, la opción del aislamiento rendía mayores satisfacciones¹.

En esta era nuclear, con todo y su absurda inclinación al más deplorable exhibicionismo tecnológico, la teoría de las «guerras depurativas» ha encontrado importantes defensores. Algunos de ellos, con los nudillos de la onda expansiva de Hiroshima tocando a sus puertas, enfrentan ahora el reto intelectual de maquillar la devastación con una idea de justicia que nadie, ni siquiera ellos, podría explicar.

Los hijos tropicales de los envejecidos teóricos belicistas europeos alzan sus voces cuando pueden, pero no aportan mucha lucidez al debate. Como se ha anotado arriba, existen pseudoanarquistas salvadoreños diciendo que culpar al conflicto armado de los atrasos que exhibe nuestra institucionalidad cultural es una conclusión fácil.

Sin embargo, aunque no tengamos la objetividad ni la suficiente distancia para juzgar lo ocurrido entre 1979 y 1992², puede resultar especialmente peligroso no reconocer los traumas que en el ámbito cultural producen las rupturas sociales, sobre todo cuando tienen características como las que tuvo la nuestra.

¹ A propósito, un poco a la fuerza se ha querido comparar la posición de Thoreau con el pacifismo militante de Gandhi, pero únicamente ciertos teóricos socialistas se han quedado manipulando ese anzuelo. Nadie que no fuera un comprometido de la fraternidad, como fue el Mahatma, podía argumentar que “no hay caminos para la paz, porque la paz es el camino”.

² Inicio y fin oficiales de la última guerra civil salvadoreña.

Es verdad que la cultura se defiende y brota, como la vida misma, allí donde los espacios para respirar parecen haberse agotado; pero no menos cierto es que el odio, la polarización ideológica y los vaivenes políticos terminan enfermando gravemente a las manifestaciones culturales, convirtiéndolas en pancarta, suspicacia, divisionismo, urgencia y contagiosa mediocridad.

Las críticas hacia nuestros naturales deseos de paz y equilibrio social –incluso como base del desarrollo cultural– no tienen consistencia. El pasado reciente tampoco parece dispuesto a darles razón.

Durante el conflicto armado, la infraestructura cultural del Estado salvadoreño sufrió desamparo y descrédito. Empujados por la desconfianza, los recursos se fueron limitando, hasta llegar a un lamentable punto de quiebre entre prioridades políticas y necesidades sectoriales. Más pronto que tarde, la institucionalidad del sector cultural quedó subordinada a otro ministerio: el de Comunicaciones. Tristísimo episodio.

No fue sino hasta 1991, cercana ya la paz, que el Gobierno de El Salvador tomó la histórica decisión de crear, por Decreto Ejecutivo # 55, el Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, CONCULTURA, marcando el inicio de una nueva etapa.

Pocas intenciones tan buenas, sin embargo, han sido tan pésimamente formuladas. Concebido como «una unidad desconcentrada del Ministerio de Educación», a CONCULTURA se le señaló la finalidad principal de «coadyuvar en el cumplimiento de las atribuciones del hacer cultural que competen a la Dirección Nacional de Cultura de dicho Ministerio». (Sic). En otras palabras, aunque el paso hacia el fortalecimiento institucional fue significativo, el marco legal heredó las deficiencias conceptuales que habían debilitado a la antigua dependencia.

Con todo y que debían enfrentarse ambigüedades jurídicas y una muy enquistada tradición de marginalidad, es justo reconocer que los sucesivos liderazgos de CONCULTURA lograron dar presencia y perspectiva al trabajo de la institución.

Antes que este servidor³, tres ciudadanos han ocupado la Presidencia de CONCULTURA, enfrentando muy distintas circunstancias a lo largo de los últimos 13 años.

³ El autor de este artículo se convirtió en Presidente de CONCULTURA en junio de 2004.